MAISON POMBO
Por Bárbara Golubicki

"Querido Teto: sin comentarios" reza la inscripción en el dorso de la foto de un trapo rejilla donde asoman, por los agujeros, entre las fibras, los ojos de Pombo. Una reliquia no necesita ser hermosa, ni estar completa. Su valor reside precisamente en lo contrario, ser apenas una cosa que ha sobrevivido a otra cosa y que, por contacto o proximidad, consigue retener algo de los cuerpos que tocó. Es el *summum* del usado. Por esto el sudario es la vedette de los relicarios, porque en él funciona esa máquina de transfiguración que convierte la precariedad y al resto en una forma extrema de presencia. En el negativo de unas marcas, apenas, un rostro remoto que nos mira en la lejanía.

En 1990, con *Mantel*, una pieza de algodón en cuadros verdes y blancos con apliques de plástico cosidos, latas de arvejas, flecos de nylon, Pombo inauguraba el espacio de sacralidad doméstica que seguiría construyendo desde entonces. Ese, su célebre "metro cuadrado", es el hilo que retoma ahora en *Querido Teto: sin comentarios* con el plusvalor que le da el oficio del tiempo. Aquellos primeros gestos de cuidado derivaban de un modo delicado de dotar de belleza, devolverles la atención, a cosas llegadas de un mundo donde nadie les había pedido que fueran bellas. En esta serie, Pombo despunta su talante de modisto, toma la decisión de trabajar el universo de lo textil, como un sastre de barrio, mezcla de director creativo y confeccionista raso, con esa manía definitiva con la que se arregla una prenda a segundos de subirse a la pasarela o inmediatamente antes de verse al espejo, el último retoque en la vidriera previo a abrir. Porque si el mantel, sobre el que se derrama, salpica o gotea, era eximido de cumplir su rol y brillaba impecable, los trapos aparecen en toda su condición de tejido, que absorbe, seca o frota. Solo que en lugar de migas, manchas, líquidos o arrugas, Pombo aplica a sus pedazos de lona, de tela, arpillera, guata, a sus trapos rejilla, de piso, vaselina, hilos de algodón y poliéster, o hilos encerados, fibras de formio y sisal, bolsas de nylon, bolitas de telgopor y rafia sintética, anilinas, cuentas de plástico y vidrio y brillantina, hasta membrana en pasta poliuretánica mezclada con polvo que recoge del bajo autopista del barrio de Constitución. Hace, por lo tanto, del remiendo y el parche, el pespunte y el zurcido, la pigmentación y el tinte, un arte del sobreciclaje, como si estuviera dispuesto a trabajar en ese intervalo en el que los materiales ya no son pobres sino que han sido empobrecidos por una economía de la mirada y el consumo, y ante los cuales solo cabe hacerlos resistentes, dignificarlos, volver a integrarlos a un circuito de vida.

Alguna vez Jorge Gumier Maier habló de su "propensión sobredecorativa" y "vocación cosmética", de la sintonía de sus objetos con la manualidad, la artesanía y la decoración de interiores. Tal vez a esta enumeración haya que agregar ahora el diseño de moda. Es decir, menos afín al Arte Povera, que a Martin Margiela (y sus prendas usadas confeccionadas con los residuos del atelier), o a Rei Kawakubo, que convirtió el desgarro, la irregularidad y el deterioro en un soporte anatómico. Pero agreguemos un asterisco: aunque cuesta realmente poco imaginar a Pombo con su *moodboard* combinando muestras, paletas y texturas, entre patrones, retazos y costuras, cortando, tiñendo, superponiendo, no es exclusivamente en el mundo de los procedimientos donde vemos a Pombo como un *couturier* plebeyo. *Querido Teto: sin comentarios* revela algo más intenso y significativo, que siempre estuvo ahí. Que Pombo creó desde el principio una pasión nueva –la superficie– que en el ecosistema sintético e industrial de la indumentaria encuentra toda su potencia.

Y no se trata, simplemente, de una fascinación por la superficie y lo superficial en sentido literal. Sino de un modo de entenderse con una libertad que no acepta los sobornos de la historia del arte, ni de sus categorías ni filiaciones ni escuelas. ¿Pombo usa el "archivo"? No, revuelve el canasto de su feria americana íntima, manotea formas y figuras de la basura privada, requechos que sabe que alguien más podría amar, con esa energía amnésica con la que la alta costura se mezcla con el *pret á porter* y el puesto de saldos para bajar finalmente a la calle. Una inocencia conquistada por una memoria de corto plazo, confiada no en conservar, sino en rescatar y someter otra vez a la inclemencia del mundo, con un ojo en el mercado y otro en el corazón, proyectando una colección para una temporada que está siempre por venir.

—

MARCELO POMBO
Querido Teto: sin comentarios
Oct—Dic 2026
BARRO